

El discernimiento fundamental

“El pueblo crucificado es el signo de los tiempos”

Jon Sobrino, S.J.

Para recordar los veinte años del asesinato-martirio de Ignacio Ellacuría escribí un texto con el título: “El Ellacuría olvidado. Lo que no se puede dilapidar”. Analicé tres cosas que hoy no se tienen muy en cuenta. La primera es *el pueblo crucificado*, “el” signo de los tiempos, al que hay que bajar de la cruz, sabiendo que, al hacerlo, uno mismo puede acabar en la cruz. La segunda es trabajar por una *civilización de la pobreza*, contraria y superadora de la civilización de la riqueza imperante, responsable de la grave enfermedad de nuestra civilización. La tercera son sus conocidas palabras: “con Monseñor Romero Dios pasó por El Salvador”. Es la presencia activa y productiva de Dios en la historia, presente en quien fue defensor de víctimas y víctima él mismo. Todo ellos son temas de madurez, no sólo intuiciones juveniles.

Al pedirme desarrollar el tema “El discernimiento y los pobres” en el Seminario de Espiritualidad y Política pensé en desarrollar el primer punto del texto citado. Es cierto que no se trata de “discernimiento” en sí, sino de cómo discernió Ignacio Ellacuría -y Monseñor Romero- el signo de los tiempos. Y tampoco se trata de “pobres” en sí mismos, sino en forma de “pueblos crucificados”.

Esperamos que sea útil repensar lo que dijeron Ellacuría y Monseñor Romero. Que sea, además, una muestra de agradecimiento y un compromiso a seguir sus pasos. Y que no dilapidemos una herencia de la que tenemos tanta necesidad

“El pueblo crucificado es siempre ‘el’ signo de los tiempos”

Ellacuría usó por primera vez la expresión “pueblo crucificado” en 1978 en un texto que escribió como preparación a Puebla, *El pueblo crucificado. Ensayo de soteriología histórica*¹. Como lo indica el subtítulo, la finalidad es soteriológica. En 1981, en uno de sus exilios en Madrid, lo elevó a “‘el’ signo de los tiempos”.

“Entre tantos signos como siempre se dan, unos llamativos y otros apenas perceptibles, hay en cada tiempo uno que es el principal, a cuya luz deben discernirse e interpretarse todos los demás. Ese signo es siempre el pueblo históricamente crucificado, que junta a su permanencia la siempre distinta forma histórica de su crucifixión. Ese pueblo es la continuación histórica del siervo de Jahvé, al que el pecado del mundo sigue quitándole toda figura humana, al que los poderes de ese mundo siguen despojando de todo, le siguen arrebatando todo, hasta la vida, sobre todo la vida”².

Vamos a analizar brevemente el origen y contenido de la expresión “pueblo crucificado”, la epistemología para captarlo, su carácter de “signo”, la dificultad y la posibilidad de discernirlo, y el “siempre” del pueblo crucificado.

1. La expresión: “pueblo crucificado”

Que yo sepa, Ellacuría no tomó prestada la expresión de otros pensadores, filósofos o sociólogos, ni de teólogos, concilios o encíclicas papales; aunque Medellín y obispos latinoamericanos de aquella época usaron formulaciones vigorosas sobre la injusta postración del pueblo. No era evidente aplicar al “pueblo” lo que se dice del siervo sufriente, de “Cristo”, no sólo *pobre*, sino *crucificado*. Por lo que yo sé, sólo Monseñor Romero había usado una expresión equivalente, sin que pueda decir quién se inspiró en quién, ni si tuvieron la intuición al mismo tiempo.

El 19 de junio de 1977, Monseñor Romero celebró una eucaristía en Aguilares después de que el ejército abandonase el lu-

¹ Publicado por CRT, México, 1978, y reproducido después de su asesinato en *Revista Latinoamericana de Teología* 18 (1989), pp. 305-333.

² “Discernir el ‘signo’ de los tiempos”, *Diakonía* 17 (1981) 58.

gar, tras haber asesinado a campesinos y campesinas en número calculado entre 100 y 200 personas. Dijo:

“Ustedes son la imagen del Divino Traspasado, de la que nos habla la primera lectura en un lenguaje profético, misterioso, pero que representa a Cristo clavado en la cruz y atravesado por la lanza. Es la imagen de todos los pueblos que, como Aguilares, serán atravesados, será ultrajados”³.

2. El pueblo crucificado, “el” signo de los tiempos, histórico y teológico

En el pensamiento -y en el sentimiento- de Ellacuría fue central la honradez con la *negatividad* de la realidad. Reclamaba a Heidegger que “quizás en vez de preguntarse por qué hay más bien ente que nada, debería haberse preguntado por que hay nada -no ser, no realidad, no verdad, etc.- en vez de ente”⁴. Y en lenguaje histórico siempre volvió a la negatividad, sin edulcorar la realidad. En su último discurso pronunció estas lapidarias palabras: “esta civilización está gravemente enferma y para evitar un desenlace fatídico y fatal es necesario intentar cambiarla desde dentro de sí misma”. No le faltó aliento ni realismo: “sólo esperanzada y utópicamente”; ni disposición a la praxis: “revertir la historia”; ni estrategia fundamental: “con todos los pobres y oprimidos”. Pero sin ninguna concesión y con total honradez siguió “haciéndose cargo de la negatividad de la realidad”.

En este contexto hay que entender el concepto de “pueblo crucificado”. No expresa simplemente negatividad ni una negatividad cualquiera, sino específica. Resumiendo, podemos decir lo siguiente. 1) “Pueblo” hace referencia a *inmensas mayorías*, mundos enteros, el tercer mundo; en modo alguno son la excepción o la anécdota. 2) Están amenazados de *muerte*, y no de una muerte *natural*, sino *histórica*, que toma la forma de *crucifixión*, asesinato, activa privación de vida, lenta o rápidamente. 3) Esa muerte es *producto de la injusticia*, y va acompaña de *crueledad*, *desprecio* y *encubrimiento*. 4) Al pueblo crucificado se *le niega palabra*. 5) El pueblo crucificado no “es”, y el mundo de abundancia impide o dificulta que “llegue a ser”. Se le niega *existencia*. De este modo el

³ “Una antorcha puesta en alto”, “Homilía del 19 de junio de 1977, Homilías T I, UCA Editores p. 150.

⁴ “Función liberadora de la filosofía”, ECA 435-436 (1985), p. 50.

mundo crucificador puede desentenderse -sin mala conciencia- de lo que ocurre a esas mayorías.

El pueblo crucificado es descarnadamente real, y en él se expresa lo más real de lo real. Para Ellacuría es “el” signo de los tiempos. Para comprenderlo recordemos lo que dice el concilio.

En la *Gaudium et Spes* 4 “signos de los tiempos” significa lo que *caracteriza* a una época, y se deben *discernir* para llevar mejor a cabo la misión salvífica de la Iglesia, tal como se plantea en el n. 3. No es suficiente “mirar a” la realidad para saber lo que la caracteriza, sino que hay que “discernir”. Hay que ponerse en trance no sólo de “ver” cosas y fenómenos de la época, sino de “discernir” lo que la *caracteriza*, sin creer que lo que se nos ha transmitido de antemano (tradición) ya es suficiente. Y si la Iglesia no discierne, sino que se siente ya en posesión de la verdad, cae en ineficacia, no atinarle a lo que hay que hacer, y en *hybris*, arrogancia, pecado. Y además de discernirlos hay que *interpretarlos a la luz del evangelio*: juzgar si llevan a la humanización o a la deshumanización. Es lo que llamamos “signos de los tiempos” en su acepción *histórico-pastoral*.

Por importante que sea esta concepción de los signos de los tiempos, a mi modo de ver, no fue lo más radical del concilio, aunque sea lo más citado. En la *Gaudium et Spes* 11 se aborda el tema desde otra perspectiva, más honda y menos tenida en cuenta. Es la *dimensión teológica*. Hay que discernir los “signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios” en los acontecimientos, exigencias, deseos de la época. Para no caer en dificultades exegéticas y ecuménicas no se usó aquí el lenguaje de “signos de los tiempos”, sino simplemente de “signos”. Ni tampoco se habla sólo de tener presente el evangelio como criterio de interpretación, sino de la fe, la fe real, la *fides qua*. “El pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor” es el que discierne la presencia de Dios en la historia. Es lo que llamamos *signos de los tiempos en su acepción histórico-teológica*.

Volvamos al “pueblo crucificado”. Ellacuría conocía la *Gaudium et Spes*, pero dio un paso que no dió el concilio: tuvo la audacia de concretar el signo más importante, *alrededor del cual giran y se explican los demás*. Afirma que lo que más radicalmente caracteriza *históricamente* a nuestro tiempo es el pueblo crucifica-

do, a cuya luz, habrá que entender todo lo demás. Y lo interpreta también en sentido *histórico teologal*. El pueblo crucificado es “la continuación histórica del siervo de Jahvé”. Es, pues, presencia del “siervo”, mediador de la presencia de Dios. Y es también víctima del “pecado del mundo”, de las divinidades de la muerte. Y, como veremos, escandalosamente, es portador de salvación.

Al proclamar “el” signo de los tiempos Ellacuría fue más allá de la *Gaudium et Spes*. Sí lo había anticipado Medellín, 1968.

Existen muchos estudios sobre la situación del hombre latinoamericano. En todos ellos se describe la miseria que margina a grandes grupos humanos. Esa miseria, como hecho colectivo, es una injusticia que clama al cielo (*Justicia* 1).

Esta miseria, colectiva, injusta “describe” la realidad. Y como en el éxodo, el clamor tiene un referente estilizadamente teologal: clama “al cielo”, a Dios. Y desde este signo -como también hace Ellacuría- discernieron otro igualmente fundamental: “un anhelo de emancipación total de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva” (*Introducción* 4).

3. La dificultad de discernir “el” signo de los tiempos

Ellacuría dice que en el pueblo crucificado “se da el gran signo de los tiempos”, lo cual no es evidente ni ocurre automáticamente. Solo se le conoce “precisamente en su opaca y ambigua transparencia”⁵. Constata que en tiempo de Jesús no lo reconocieron los sabios de este mundo, los escribas y fariseos, los levitas, sacerdotes y pontífices. Concede que hoy a veces nos lo muestran en televisión o aparece en las esquinas de la prensa, pero “en realidad no tiene publicidad, no se le conoce. Se hace todo lo posible por ocultarlo”. Y da la razón: “para que no perturbe nuestra tranquilidad occidental y burguesa”⁶. No hay que sorprenderse, pues así ocurrió con Jesús. Pero insiste: “ese pueblo crucificado está ahí”⁷.

Ver al pueblo crucificado como el signo de los tiempos no es fácil de aceptar. No lo es para los victimarios ni para los que producen y disfrutan de la civilización de la riqueza. Pero sin llegar a ese

⁵ “Discernir ‘el’ signo de los tiempos” 58

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

grado de aberración, muchos dejan de poner sus ojos en esa realidad más real. Otros, organizaciones, iglesias, universidades, pueden hablar *sobre* la realidad del pueblo crucificado, pero no por mucho hablar sobre las cosas se deja que las cosas hablen. Así no se discierne ni se interpreta correctamente los signos de los tiempos.

Volvamos a la dificultad. Ver “presencia de Dios” en el pueblo crucificado, como signo *teológico*, es en definitiva cosa de fe, de una fe “cara”, como la de Monseñor Romero, no de una fe “barata”, sin peso ni aristas.

Pero ni siquiera es fácil ver en el pueblo crucificado el signo *histórico* de los tiempos. Según la antropología cristiana, la pecaminosidad lleva a la ceguera, lo cual es evidente. Pero además, existe una dificultad estructural, ambiental, pre-moral, que es sumamente actual y en la que ahora nos concentramos: el pueblo crucificado, y las causas que lo llevan a la cruz, en la medida de lo posible, es ocultado, silenciado, maquillado, encubierto, lo cual ocurre de diversas formas. En realidad, no en su lenguaje, ambiguo o simplemente falso, las grandes instituciones que manejan el mundo, a veces también las iglesias, han hecho una declaración de irrealdad sobre el pueblo crucificado.

Sobre la tragedia del mundo se cierne el *silencio*, de modo que, instituciones responsables, tienen que hacer listas de “las crisis humanitarias *más olvidadas* en los medios internacionales”. En los últimos años ha estado a la cabeza el la guerra, el robo y el horror en el Congo.

Cuando el silencio total no es posible, se cultiva la *memoria selectiva*. Las tragedias son recordadas en la medida en que afectan a los ricos, no a los pobres. El 11-S (2001) y el 11-M (2004) son conocidos: terrorismo en Nueva York y Madrid. El 7-O (7 de octubre, 2001, el bombardeo de Afganistán por parte de las democracias) y el 20-M (20 de marzo, 2003, nuevos bombardeos contra Irak) son olvidados. De los pobres no se guarda memoria -lo que sí es esencial en Dios, quien “del más chiquito tiene memoria”, que decía Guamán Poma. Los ciudadanos de Estados Unidos “tienen calendario”: el 11-S. Sus ciudadanos “existen”, “son”. Sin embargo, Afganistán e Irak “no tienen calendario”, ni el 7-A ni el 30-M. Sus ciudadanos “no existen”, “no son”.

El *encubrimiento* se cultiva de muy diversas formas y muy principalmente a través del lenguaje. A la muerte por hambre se llama *crisis alimentaria*, siendo en verdad, asesinato, en lo que insiste Jean Ziegler. Y aunque es falto de lógica y absurdo, se consagra el término globalización *-equi-distancia, igualdad* de distancia, entre todos los puntos del globo y el centro- para describir a nuestro mundo real. Es falso.

Se produce la *insensibilidad* estructural hacia el pueblo crucificado, como lo denunció J. B. Metz, después de un viaje por América Latina: “se está generando y extendiendo un “posmodernismo cotidiano de nuestros corazones que aparta a una lejanía sin rostro al llamado Tercer mundo”. El mundo de miseria no afecta al mundo de abundancia, pues éste lo “aparta” de sí, lo oculta. Existe “una estrategia cultural de inmunización”, “acostumbrándonos a la crisis y a la miseria”⁸.

La ofensa y el agravio comparativo aparece como “lo normal”. Que seres *igualmente* humanos, viviendo unos junto a otros, posean en forma tan cruelmente *desigual* lo necesario para vivir, es ofensa y agravio imperdonables -y una forma de racismo que no se suele tener en cuenta. Contra esa indiferencia se levanta la parábola “del ricachón y el pobre Lázaro” (Lc 16, 19-31), con el final que deja el corazón helado: las cosas no cambiarán ni aunque un muerto resucite. Así es.

Se aceptan muchas expresiones del agravio. Algunas son tenidas, teóricamente, como escándalo: el despilfarro de recursos para guerras. Otras, como cosa normal o aun buena o muy buena: la megaindustria de la diversión, ciertamente la del deporte. El costo de 22 jugadores en un partido de fútbol fue de unos 700 millones de dólares, de lo cual informó la prensa deportiva del lugar⁹ con satisfacción: las cosas van muy bien, parecían decir. No se les ocurrió comparar esa cifra con los recursos que tienen los países más pobres para hacer frente a alimentación, salud, educación... La suma mencionada podía ser un porcentaje elevado del

⁸ Las citas están tomadas de su artículo “Con los ojos de un teólogo europeo”, *Concilium* 232 (1990) se ha geneado 491.

⁹ www.marca.es/futbol/champions, 12 de febrero de 2001. En 2009 un equipo ha gastado 265 millones de euros en comprar ocho jugadores.

presupuesto nacional de un país del África negra, quizás unas dos veces el del Tchad¹⁰.

Es lo normal. No merece ninguna reflexión. Entonces vienen a la mente las palabras de Marcuse: "lo irracional se ha hecho racional". Y las de Pablo: "La cólera de Dios se revela desde el cielo contra toda clase de hombres impíos e injustos que aprisionan la verdad con la injusticia" (Rom 1, 18). Este aire que el espíritu humano respira estructuralmente: silencio, encubrimiento, insensibilidad, agravios comparativos ante aberraciones y horrores hace muy difícil reconocer en el pueblo crucificado "el" signo de los tiempos.

4. Las exigencias del pueblo crucificado

El pueblo crucificado, se le haga caso o no, por ser lo que es, tiene duras exigencias sobre nosotros, ciertamente en un contexto bíblico-jesuánico. En palabras clásicas de Ellacuría, hay que "encargarse de él" y hay que "cargar con él". Lo primero es evidente, y por eso simplemente recordaré unas palabras suyas de una conferencia en Valladolid, 1982:

"Lo único que quisiera son dos cosas: que pusieran ustedes sus ojos y su corazón en esos pueblos que están sufriendo tanto -unos de miseria y hambre, otros de opresión y represión- y después (ya que soy jesuita) que ante ese pueblo crucificado hicieran el coloquio de san Ignacio en la primera semana de los Ejercicios¹¹, preguntándose: ¿qué he hecho yo para crucificarlo?, ¿qué hago para que lo descrucifiquen?, ¿qué debo hacer para que ese pueblo resucite?"¹².

Es la exigencia de encargarse de la realidad, "encargarse del pueblo crucificado", para "hacerse cargo de él", conocerlo.

¹⁰ Diversión, deporte, competencia son realidades humanas primarias, pero el capitalismo las ha convertido en industria y las ha comercializado. El mercado tiene prioridad sobre lo humano que se expresa en el deporte. El mercado convierte en "normal" inmensos agravios comparativos, como el que hemos mencionado.

¹¹ San Ignacio pide al ejercitante que, ante Cristo puesto en cruz, se pregunte qué he hecho, qué hago y qué debo hacer por Cristo, Ejercicios Espirituales n° 53.

¹² "Las iglesias latinoamericanas interpelan a la iglesia de España", *Sal Terrae* 3 (1982) 230.

Lo segundo hay que explicarlo un poco más, pues no es tan fácil de entender ni, aun entendido, es fácil de aceptar. Comencemos con un hecho real: el mismo Ellacuría “*cargó con el pueblo crucificado*” duraderamente. Durante 20 años vivió en trance de cruz: difamación, persecución, amenazas de muerte. Y al final acabó en cruz. Pero no sólo “cargó con la cruz”, sino que, en el contexto histórico que le tocó vivir, teorizó en qué consiste. Era claro que la cruz era un mal, consecuencia del pecado del mundo. Pero no era tan claro que fuese, ni teórica ni prácticamente, necesaria para “*encargarse adecuadamente* de una realidad crucificada”. Es decir, que fuese de alguna manera un bien. En uno de sus últimos discursos, en septiembre de 1989, en el contexto político de ayudar al diálogo, dijo inesperadamente y con toda naturalidad las siguientes palabras¹³:

“Mucho ha sido el dolor y mucha la sangre derramada, pero ya el clásico teologumenon de *nulla redemptio sine effusione sanguinis* nos viene a recordar que, la salvación y la liberación de los pueblos, pasa por muy dolorosos sacrificios”.

Esto implica la necesidad de *redención* para conseguir *salvación*, y a la redención le compete en directo *cruz*. Ellacuría no defendía ningún anselmianismo, pero tampoco creía en una liberación *light*, sin dolor -lo que nos proponen siempre que pueden: no es necesaria una conversión con dolor, sino que basta un egoísmo bien manejado.

Ellacuría propició una lucha contra el mal -y a favor del pueblo crucificado- de todas las formas posibles, eficaces y éticas. Y buscó mejorar siempre el instrumental para ello, en su caso, producir conocimientos, empujar a instituciones como la UCA, la Compañía, la Iglesia... Pero comprendió muy bien que quienes propician estas luchas pueden mantenerse de alguna forma “*exteriores*” al mal que hay que eliminar. Lo combaten “*desde fuera*”. Redención, sin embargo -así la entendemos- significa otra cosa: erradicar las raíces más profundas del mal, y para ello hay que luchar contra el mal “*desde dentro*”, que corresponde al “*estar activamente en la realidad de las cosas*”.

¹³ *Palabras en el Doctorado Honoris Causa en Ciencias Políticas al Presidente de Costa Rica Dr. Oscar Arias*, texto mimeografiado p. 6.

Esas “cosas” son la mentira, la injusticia, el asesinato. Reaccionan contra quien las cuestiona y las quiere erradicar. En ese caso, el mal no sólo trata de vencer sobre quien lo combate, sino que lo destroza. Por “redención” entendemos entonces “cargar con el mal desde dentro”, y dejar que el mal descargue su fuerza destructora y destrozante.

Para el tema de este apartador la conclusión es la siguiente. Si estamos activamente en la realidad de un mundo crucificante, si nos encargamos de él, bajándolo de la cruz y si cargamos al intentar redimirlo, en la *perichoresis* de esos tres momentos, nos podremos “hacer cargo del pueblo crucificado como “el signo de los tiempos”. Y más si añadimos un cuarto momento que, a mi entender, Ellacuría también lo aceptó, aunque pienso que lo dejó incoado: “dejarnos cargar por el pueblo sufriente”. En la *perichoresis* de la dimensión práxica, ética y graciosa, podemos hacernos cargo del pueblo crucificado. Y si nos mantenemos en ello, la misericordia primera se convierte en *miserericordia consecuente*: el martirio.

5. La irrupción y el “siempre” del “pueblo crucificado”

Cómo llegó a esta conclusión Ellacuría, no lo sé con certeza -y tampoco ofrece recetas para conseguirlo. Existencialmente, creo que para el Ellacuría, ser humano, cristiano y jesuita, el pueblo crucificado no fue conclusión lógica, sino *evidencia*. Dicho en el lenguaje de las apariciones del Nuevo Testamento, la realidad histórica se le dejó ver, *opthe*, en su realidad más profunda, maltrata, en trance de muerte, y también salvífica como veremos -lo que no ocurrió a otros que estaban ante la misma realidad. Hubo una “irrupción de realidad”, y Ellacuría la formuló como pueblo crucificado. *Caracteriza* a la realidad, y por ello es “signo”, y la caracteriza *muy principalmente*, y por ello es “el” signo, en el sentido de *Gaudium et Spes* 4. Y en el pueblo crucificado irrumpió “Dios”, *Gaudium et Spes* 11.

Todo lo dicho causa estupor. Pero el “siempre” puede causar un estupor todavía mayor: “ese signo es siempre el pueblo históricamente crucificado, que junta a su permanencia, la siempre distinta forma histórica de su crucifixión”. ¿Se puede decir esto responsablemente? ¿Estaba jugando Ellacuría a profetismo tresmendista?

Hay que recordar que Ellacuría conceptualizó el pueblo crucificado desde lo que vió y vivió en El Salvador. Ello no limitó su

visión, sino que más bien le movió a extender la mirada a toda América Latina y al tercer mundo. Y al ver al mundo así, resumió lo esencial de la crucifixión en dos cosas: opresión y represión, privación lenta y sistemática de la vida, y privación rápida y violenta. “La vida” fue lo central, aunque también tuvo presente otras privaciones de cultura, dignidad, etnia, libertad...

Esa opresión y represión, de alguna forma, las encontró siempre a lo largo de la historia. Mirando hacia, atrás en la conquista del continente -“encubrimiento” lo llamaba, pues lo que quedó “al descubierto” fue Europa, España, Portugal, y la Iglesia romana. En castellano castizo dijo que los conquistadores “le han dejado como a un Cristo”¹⁴, metáfora acertada y teológica, pues remite a la condición de “crucificado”. Y se sigue imponiendo el “siempre”, pues “se repite la misma historia con nuevos protagonistas”¹⁵. Mirando hacia delante, ya hemos recordado cómo vislumbraba el futuro en sus últimos días. Hasta el final afirmó que vivimos en “una civilización gravemente enferma”, que nos encamina hacia un desenlace fatídico y fatal. Nada le hizo borrar el “siempre” que escribió en 1981.

Además del argumento histórico, la valoración de esta doble mirada, se debía en parte a las tradiciones cristianas sobre el pecado, su identidad y profundidad, tradiciones que le parecieron lúcidas. Y la historia, a su vez, le convencía cuán lúcidas eran las tradiciones cristianas, y no se las puede liquidar simplistamente -lo cual ocurre a veces con excesiva facilidad. En conclusión, no hay que trivializar la pecaminosidad inherente a lo humano, personal y social, lo cual configura estructuras.

¿Y hoy? Ya hemos dicho que no se toma en serio la crucifixión, como hecho masivo, realmente “global”, ni a los crucificados y su pecaminosidad. Por el contrario, desde hace unas décadas se está insistiendo en que se puede vislumbrar una disminución importante de la pobreza y se puede soñar incluso -aunque la crisis actual impida alardear de ello- con su desaparición, en China y la India. Pero sea de esto lo que fuere, no hay que olvidar que, hasta ahora, los reveses en la lucha contra la pobreza según

¹⁴ ET “Quinto centenario de América Latina. ¿Descubrimiento o encubrimiento?”, *RLT* 21 (1990) 278.

¹⁵ *Ibid.* 271.

los planes del milenio son realmente notables, y que la pobreza relacional, el inmenso agravio comparativo entre ricos y pobres, el ricachón y el pobre Lázaro, no disminuye sino que aumenta escandalosamente. Y que, cuando disminuyen, se pagan precios monstruosos en deshumanización e indignidad. Son innumerables los datos que expresan la verdad del “siempre”. Basten estas palabras de Pedro Casaldáliga:

“Hay más riqueza en la Tierra, pero hay más injusticia. África ha sido llamada “el calabozo del mundo”, una “Shoá” continental. 2.500 millones de personas sobreviven en la Tierra con menos de 2 euros al día y 25.000 personas mueren diariamente de hambre, según la FAO. La desertificación amenaza la vida de 1.200 millones de personas en un centenar de países. A los emigrantes les es negada la fraternidad, el suelo bajo los pies¹⁶”.

Personalmente pienso que, aun desde un punto de vista analítico, el “siempre” de Ellacuría es muy verosímil¹⁷, sobre todo si, en la crucifixión de los pueblos, se añade a la insatisfacción de sus necesidades básicas, la indignidad e inexistencia a las que se les condena, la depredación de sus culturas y el aberrante agravio comparativo, como insulto permanente. Se mantiene triunfante la voluntad de que la civilización de la riqueza viva para “siempre”.

Si la audacia de Ellacuría resulta excesiva, al menos, veamos en ella el intento de defender a la civilización de la trivialización imperante de la realidad -lo de África “es normal”-, y la imperiosa necesidad de estar siempre atentos a la negatividad. Y veamos sobre todo compasión. Ellacuría se vio hondamente afectado por los pueblos que sufren de mil maneras a manos de depredadores y asesinos. Nombrarlos como “pueblo crucificado” es ya expresión de esa compasión. Y a ella sigue, por la naturaleza de las cosas, hacerla realidad: “bajar de la cruz al pueblo crucificado”. En nuestro mundo, esa compasión debe tomar la forma de lucha por la justicia, pero todo comienza con la honradez con lo

¹⁶ Utopía necesaria como el pan de cada día, 20 de enero de 2006

¹⁷ Al escribir estas líneas leo los siguientes titulares en la página Web de la BBC: “Cada cinco segundos muere un niño de hambre en el mundo”, “842 millones tienen hambre”, “No se cumplirán ‘las metas del milenio’”, “Aumenta la distancia entre pobres y ricos”.

real, dejándole ser lo que es: pueblo crucificado -versión secular barthiana del teologal "dejar a Dios ser Dios.

6. Lo salvífico y divino de los pobres

Estos temas los hemos tratado largamente en el texto que hemos mencionado al principio de este artículo. Baste añadir ahora que Ellacuría discernió en el pueblo crucificado no sólo verdad: es "el signo de los tempos", sino el principio de salvación para el mundo que lo crucifica: le muestra su verdad, le [puede] mover a conversión, le ofrece perdón, y le convoca a la solidaridad. Al nivel estructural, la civilización de la pobreza es lo que puede sanar y revertir la civilización de la riqueza.

Y el paso de Dios por El Salvador para Ellacuría no se dio de cualquier manera. Más allá de liturgia y ortodoxia, insignemente Dios pasó por El Salvador en una figura humana que rehizo la vida, misión y destino del siervo de Jahvé y de Jesús de Nazaret: Monseñor Romero.